

L. D. LAPINSKI

# EXTRAMUNDOS

AGENCIA DE VIAJES



El confín del océano

ANAYA

# EXTRAMUNDOS

AGENCIA DE VIAJES

El confín del océano

L. D. LAPINSKI

# EXTRAMUNDOS

AGENCIA DE VIAJES

*El confín del océano*

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA

Título original: *The Strangeworlds Travel Agency. The Edge of the Ocean*

1.ª edición: octubre de 2021

© Del texto: L. D. Lapinski, 2021  
Publicado por primera vez por Orion Children's Group,  
Hachette UK Company  
© De la traducción: Adolfo Muñoz, 2021  
© Grupo Anaya, S. A., 2021  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta de Jérémie Fleury

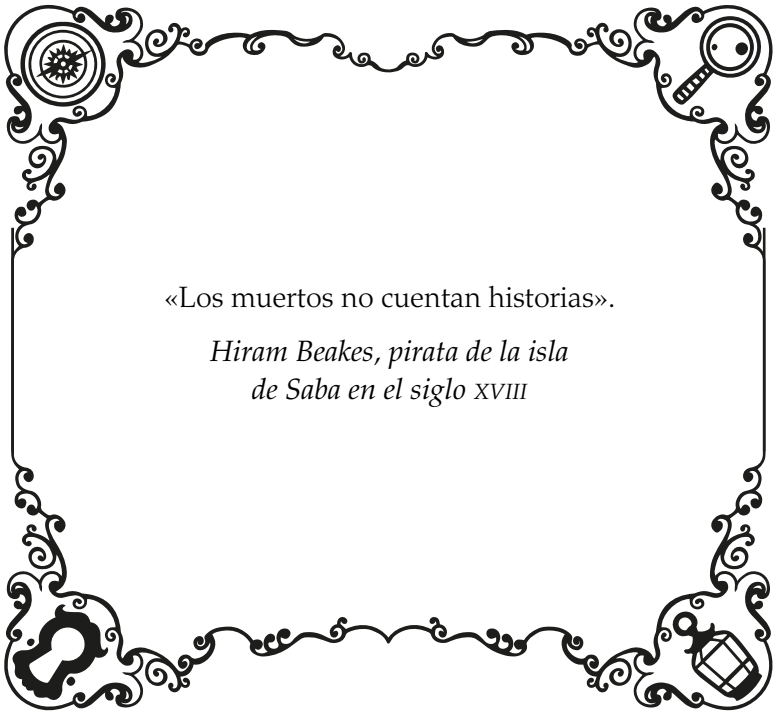


ISBN: 978-84-698-8881-0  
Depósito legal: M-23320-2021  
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



Y para todas las chicas  
que se enamoraron del rey pirata,  
Elizabeth Swann.



# PRÓLOGO

Los llamaban «piratas». Y los marineros que vivían en el mundo de El Roto llevaban ese título con orgullo, pues cuando se vive en un barco, y la vida de uno comprende gran cantidad de engaños y triquiñuelas, ¿qué mejor palabra puede aplicarse a uno mismo que la de «pirata»?

Ciertamente, todos ellos estaban a la altura de ese título, y la tripulación que llamaba capitana a Nyfe Shaban no carecía de estilo. La apariencia de los marineros era tan artificiosa como necesaria. Llevaban la pata de madera tallada con delicadas olas en ascenso, y el emblema del barco cosido en sus parches de tuerto. El parche de la propia capitana Nyfe, anidado en el hueco en que en otro tiempo se había encontrado su ojo, tenía unos bordados azules que eran homenaje a su buque insignia, el Acónito, que había tomado ese nombre de la flor venenosa.

Esa noche, Nyfe se dejó absorber por un mapa que tenía delante. Llevaba bastante tiempo sin mirar el reloj de su camarote. Los relojes eran muy importantes en El Roto porque uno no se podía fiar de la salida ni de la puesta del sol. Nyfe se había pasado la mayor parte del día estudiando una colección de mapas y cartas de navegación. Hacía varias horas que la mitad de su comida, olvidada, había quedado enterrada bajo un rollo desplegado de papel.

Nyfe pasó la mano por el mapa. Era un mapa circular, coloreado con vívidas tintas y barnizado. La superficie del papel brillaba y crujía. Era un mapa de su mundo entero: el mundo de El Roto.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —preguntó ella sin levantar los ojos del mapa.

—Capitana —Jereme, el segundo de a bordo, asomó la cabeza por la puerta—. Está oscureciendo y seguimos sin señales del Nastur. —Se quedó un momento callado, como sopesando la verdad que iba a revelar antes de dejarla caer—. El barco no está, capitana.

Nyfe levantó la vista del mapa. Por un momento, la preocupación asomó a sus ojos. A continuación se desvaneció y quedó reemplazada por su habitual e impenetrable calma.

—Dile a la tripulación que cierre la escotilla y que coman algo. Si no pueden encontrar el barco a plena luz, dudo que lo vean en la oscuridad.

Jereme asintió con la cabeza, se excusó y se fue.

Nyfe se echó hacia atrás y ajustó uno de los señaldadores del mapa. En el centro del mundo mayormente azul había una isla marrón que parecía una hogaza de pan abierta con las manos: era el Roto, la más grande de las islas de aquellas aguas, y la que daba nombre al mundo de Nyfe. Otras islas salpicaban el azul, describiendo una espiral, pero ninguna de ellas rivalizaba con la masa de tierra que constituía la isla de El Roto: un marinero necesitaría más de un día para caminarla de un lado al otro.

Hubo un tiempo, cuando Nyfe era más joven, en que el mapa que contemplaba tenía el doble de tamaño. Con el paso de los años, había ido recortándose, perdiendo trozos a medida que el mar mermaba. Eso llevaba tanto tiempo sucediendo que Nyfe no podía recordar un mes en el que el mapa hubiera permanecido como estaba.

Nyfe Shaban sacó un cuchillo fino de entre todos los que llevaba en el cinto. Acuchilló el borde del mapa con un movimiento rápido, y corrió la hoja por el borde del círculo, arrancando una franja que no era más ancha que la uña. Después cogió aquel rizo de mapa y lo arrugó en la mano antes de tirarlo a la papelera.

—El mundo se encoge —dijo hablando con la pared. Entonces sacó una hoja de grueso papel reciclado, y el recado de escribir.

Tenía que enviar una carta. No, una carta no: una convocatoria.





Flick hizo girar la lupa entre sus dedos. El mango de latón estaba manchado de pequeñas marcas e imperfecciones. Tenía un arañazo profundo cerca de la lente, y otros más pequeños a lo largo de aquel delgado mango que semejaba un lápiz, además de una mancha oscura que se negaba a irse, no importaba cuánto la frotara Flick.

Por el momento contemplaba el pequeño instrumento en vez de mirar a través de él, disfrutando con antelación. Mirar por la lupa era un regalo que había que preparar.

Giró rápidamente el mango, enredándolo en los dedos, en un movimiento que se había pasado muchas noches perfeccionando. Estaba acostada en la cama, con el resplandor rosa de la loncha de ágata que tenía sobre la lámpara, y que iluminaba la habitación de un modo que le recordaba los suaves brillos de un bosque constituido de cristal y magia, en otro mundo distinto, un mundo en el que había estado.

Flick cerró los ojos y tomó aire despacio. Entonces se llevó la lupa al ojo derecho, manteniendo el izquierdo cerrado. La primera vez que lo había intentado, acostada en la cama, el instrumento se le había caído sobre la cabeza.

Porque aquella no era una lupa cualquiera. Y Felicity Hudson tampoco era una persona cualquiera. La lupa que tenía Flick en la mano contenía cristal procedente de otro mundo, y el pequeño instrumento había sido fabricado por alguien que conocía la naturaleza del encantamiento.

Mirar a través de ella, si uno poseía el don necesario, permitía ver la magia oculta. Literalmente. Y al mirar a través de ella, Flick sonrió.

El aire a su alrededor estaba abarrotado de magia. Estaba lleno de destellos dorados coronados de blanco que brillaban en el aire y se desplazaban silenciosamente, invisibles para cualquiera salvo para ella. La sonrisa de Flick se hizo más grande al ver las chispas doradas que giraban y danzaban por su dormitorio. Daban vueltas y caían por el aire como purpurina en el agua, desplomándose y deshaciéndose en un sinfín de partículas mágicas.

Flick levantó la mano, y el enjambre de magia flotó sobre ella en silencio, peinándole la mano y cubriéndole los dedos como un guante. Flick no palpaba nada, ni siquiera al cerrar el puño en torno a algunas partículas y apretar.

Bajó la lupa y apretó la parte redonda contra la boca. Estaba fría, y tenía el mismo sabor que aquella moneda de dos peniques que había chupado una vez, solo por probar a qué sabía.

La lupa había sido fabricada cien años antes, y había pertenecido en otro tiempo a un miembro de la familia de su amigo Jonathan Mercator (las iniciales N. M. estaban marcadas en el cerco de latón). La lupa no era exactamente mágica en sí misma, era un mero medio de ver la magia que ya estaba allí. Porque la magia, según había aprendido Flick, se hallaba por todas partes, por todo el mundo.

Pero eso no era todo lo que Flick veía.

Se levantó de la cama y apagó la lámpara antes de atisbar a través de las cortinas. Con la luz apagada, podía ver, más allá de su propio reflejo, el jardín y luego la urbanización en que vivían.

En la noche nublada, las filas de casas parecían oscuras y tristes. Había sido un día caluroso y húmedo, el aire lleno de un vapor que se negaba a condensarse en lluvia. No había luna que ver, y el cielo era de ese morado intenso que anticipa una tormenta eléctrica.

Flick apretó la palma contra el cristal, y se preguntó si aquella sensación de electricidad estática que había en el aire y que uno sentía antes de la tormenta era tan solo eso, electricidad estática, o algo más mágico. Un escalofrío le subió por la espalda al pensar en ello. Era muy posible que las tormentas agitaran la magia del aire. Cualquier cosa era posible, en realidad.

Se quedó mirando la oscuridad durante unos minutos, viendo alguna luz que se encendía de vez en cuando en alguna casa que no reconocía. Esperó hasta que ya no pudo aguantar más, antes de volver a llevarse la lupa al ojo.

Esta vez, el efecto fue eléctrico.

Un brillante rasguño de luz iluminó la zona de columpios que había en el centro de la urbanización. Tenía dientes de sierra, como un rayo dibujado por una mano temblorosa. La línea en el aire brilló con una luz entre blanca y amarilla, y unas partículas diminutas de magia se desprendieron de ella. Quedó tallada en el aire, a unos dos metros por encima del tobogán, como esperando.

Era un cisma.

Un rasguño en la tela de la realidad. Una puerta de entrada a otro mundo.

Flick sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo. Había visto el cisma dos días antes. Aunque no le hacía daño a nadie, el cisma le recordaba lo que podía suceder. Y lo que ella había hecho, solo unas semanas antes, en otro mundo.

Miró el cisma hasta que el ojo empezó a llorarle, y entonces bajó la lupa y apoyó la cabeza en la ventana. El contacto del frío cristal en la piel caliente le resultó agradable, y mientras escuchaba los crujidos nocturnos de la casa, la sensación de miedo dejó paso a una suave tranquilidad. En aquella casa se encontraba a salvo, la querían. Había estado a punto de perder a su familia. Desde entonces y hasta el fin de sus días, el recuerdo de aquella pérdida que estuvo a punto de ocurrir estaría asociado a los cismas. El mero hecho de contemplar uno a través de la lupa la ponía nerviosa.

Hacía poco que Flick se había enterado de la existencia de los cismas. Sucedió al entrar en la sociedad secreta que era parte de la agencia de viajes Extramundos.

Un lugar de viaje, de objetos mágicos, donde vivía el único amigo que había hecho Flick desde que su familia se mudó a Little Wyverns.

La agencia de viajes Extramundos era también el motivo de que ahora estuviera castigada. Sus padres actuaban como si Flick se hubiera ido a robar un banco, cuando lo único que había hecho había sido desaparecer por un día y una noche.

Flick hizo una mueca. Le gustaría no comprender por qué se habían enfadado tanto. Pero lo comprendía. Sin embargo, no se esperaba que la castigaran durante todo el verano. Solo quedaba semana y media, y después tendría que ir al nuevo colegio, y solo le quedarían los fines de semana y las vacaciones para visitar la agencia de viajes.

A lo lejos sonó una sirena y brillaron unas luces azules. Al oír el sonido se sobresaltó y golpeó una hucha de cerdito casi vacía que estaba en el alféizar. La hucha cayó al suelo metiendo muchísimo ruido.

Se quedó quieta, escuchando.

Procedente del dormitorio de sus padres, oyó una tos y el crujido de la cama. Pensó que debería volver a acostarse.

Dejó el cerdito donde estaba, volvió a correr las cortinas y se metió en la cama. La lupa seguía en su mano, muy apretada.



**A** la mañana siguiente, la cocina estaba tan llena de bolsas de la compra y cajas que Flick se preguntó si se estarían volviendo a mudar. Afortunadamente, solo se trataba de uno de los semirregulares intentos de su padre de despejar la casa. En aquella ocasión, planeaba llevar las cosas al rastro del ayuntamiento.

—Hay que dar a las cosas una nueva vida —dijo él, mientras Flick metía unas tostadas de pan con frutas en la tostadora y echaba un trago de zumo de naranja directamente del tetrabrik que estaba en la mesa—. Cualquier prenda vieja, zapatos, juguetes, libros... empaquétalo todo. ¡Y no hagas eso! —añadió, indicando el tetrabrik con un movimiento de la cabeza. Apiló otra caja encima de la torre de cajas, y la que estaba abajo del todo se ensanchó un poco más—. A tu madre no le hace ninguna gracia.

—Todos tenemos los mismos gérmenes —dijo Flick poniendo los ojos en blanco y yendo a buscar un vaso—.

Además, tú le das besos a Freddy, que es algo que debería ser condenado por la legislación sanitaria.

Isaac Hudson miró a su hijo, que en aquel momento lucía dos verdes prominencias que le salían de la nariz.

—Tenemos que limpiarte esos mocos, jovencito.

—Introdúcelo en el esterilizador —sugirió Flick.

Freddy se rio, y Flick se ablandó. Al menos alguien entendía sus chistes. Pese a todos sus mocos, aquellos días Freddy le inspiraba más cariño.

Moira Hudson entró a continuación. En vez de su uniforme de correos, llevaba puestos unos vaqueros.

—¿Todavía no estás preparada, Felicity? —le soltó.

Flick se quedó paralizada, con la tostada a medio camino hacia su boca abierta, intentando recordar para qué tenía que prepararse.

—Es sábado —dijo Moira suspirando. Chasqueó la lengua de ese modo en que solía hacerlo para decir que se avecinaban problemas—. Me dijiste que me acompañarías al centro del pueblo.

—Pero...

—Hay que hacer la compra.

—Pero...

—Y Freddy necesita otros pantalones. De tanto gatear los deshace por las rodillas.

—Pero...

—Pues prepárate, y no te pases la mitad del día en el baño, eres bastante guapa tal cual. ¡Aire!

Resignada, Flick engulló lo que le quedaba del desayuno.



Desde aquel día, hacía unas semanas, en que había tardado tanto en volver desde la agencia de viajes Extramundos, Flick había gozado de tanta libertad como una araña atrapada en un vaso. Aquel día había regresado a casa a las tantas de la madrugada y sin poder ofrecer una explicación razonable. Y, como es lógico, sus padres tenían preguntas que hacerle.

Para evitar que la sometieran al tercer grado cada cinco minutos, al final Flick se había inventado una mentira. Desanimada, les había contado que se había «perdido» en Little Wýverns. Sus padres, por supuesto, no se lo habían creído en ningún momento, pero parecían preferir una mentira a no contar con ningún tipo de explicación. A su padre se le había pasado el enfado al cabo de la primera semana, pero la madre de Flick era como una cazuela de agua hirviendo: cualquier cosita podía hacer que subiera la ebullición y el agua desbordara, así que Flick procuraba hacer exactamente lo que le mandaban. Sus padres, y su madre en particular, estaban decididos a mantenerla ocupada. Pero los padres de Flick seguían sin saber de la agencia de viajes, y Flick no tenía intención de contarles nada.

Había vuelto dos veces a la agencia. La primera vez, poco después de su desaparición, había logrado pirarse la clase de piano para explicarle a Jonathan que estaba castigada de manera casi permanente. La segunda vez, Freddy



había elegido la acera de la agencia como el lugar perfecto para tener una de sus ©Mega Rabetas, cosa que le había dado a Flick la oportunidad de saludar a Jonathan a través del cristal, mientras su madre luchaba con el niño. Aunque Flick estuviera castigada, no había ningún problema en que saliera de la casa para pasear a su hermanito por las tiendas.

Como eran vacaciones, el supermercado estaba lleno de padres con sus retoños, que, o bien se mantenían callados a base de patatas fritas de bolsa, o bien berreaban porque no los callaban con patatas fritas. Freddy se contaba entre estos últimos, alternando entre sus balidos de cebra y los intentos de tragarse la moneda del carrito. Flick curioseaba por los estantes de los frutos del bosque mientras su madre se quejaba muy alto a nadie en particular de que, como ya no envolvían en plástico los pepinos, duraban mucho menos. El día anterior había habido en casa una discusión sobre los plásticos de un solo uso, después de que, en un momento de comedia rebelde, Flick hubiera tachado el film de la lista de la compra. Se estaba preguntando por qué su madre pensaba que un pepino que se mantuviera firme más tiempo era más importante que las grandes ballenas, cuando vio un pelo oscuro y alborotado que le resultaba familiar, y aquel increíble chaleco de *tweed* que solo podía pertenecer a una persona. Miró a través del expositor de los plátanos, sin demasiadas esperanzas.

Pero era él.

Era Jonathan Mercator. Flick se llevó una alegría.

¡Estaba allí de verdad! Allí, fuera de su preciosa agencia de viajes, mirando la fruta, como si fuera un ser igual de anodino que todo el resto del multiverso.

Bueno, no exactamente igual de anodino. Aunque fuera agosto, y todo el mundo llevara pantalones cortos, la única concesión que había hecho Jonathan al tiempo era quitarse la chaqueta de su traje. Pero seguía llevando la camisa abotonada hasta el cuello. Flick se sintió extrañamente emocionada. Ver a Jonathan en el supermercado era como ver una tortuga fuera de su caparazón.

Se acercó.

—Eh... —dijo sonriendo. De pronto sintió las piernas como llenas de muelles—. ¡Me alegro de verte!

—¡Ah! —dijo Jonathan parpadeando tras las lentes de sus gafas, y una sonrisa se extendió por su rostro. Posó en la cesta el aguacate que estaba examinando—. Hola.

Flick miró hacia su madre, que se afanaba en sacar la lista de la compra de la boca de Freddy.

—Salir de casa es como intentar escaparse de Alcatraz. ¿Qué tal estás?

—Mejor, gracias. —Se dio una palmada en la parte de atrás de la cabeza, donde tenía una cicatriz de forma quebrada, allí donde le había golpeado una piedra hacía solo unas semanas. Era un recuerdo de los peligros de su tipo de trabajo.

La agencia de viajes de Jonathan era la única de su estilo en todo el mundo. Y Flick era una de las poquísimas personas que conocía el secreto: que cuando la agencia de viajes Extramundos te mandaba de viaje, no te montaban

en ningún avión. La vieja agencia de viajes estaba llena de maletas que podían llevarte a otros mundos. Lo único que había que hacer era meterse dentro.

Flick observó el contenido de la cesta de Jonathan. Había una lata de sopa de verduras haciendo compañía a un único aguacate. Resultaba raro pensar en Jonathan haciendo algo tan vulgar y corriente como comer.

—¿Das tu aprobación a mi cesta de la compra? —preguntó.

Ella se rio:

—Creo que sí. ¿Qué tal la agencia?

—Muy tranquila, como suele decirse —respondió encogiéndose de hombros—. Hace poco he vuelto a visitar la Ciudad de las Cinco Luces. El lugar parece que mejora. Gracias a ti.

—Gracias a Nicc de Vyce —dijo Flick, añorando de pronto, con dolorosa intensidad, la ciudad de rosa y oro y a su amiga ladrona, la de la capa roja—. Fue ella quien decidió soltar toda la magia robada para que volviera al mundo. Podría habérsela guardado.

—No todos los ladrones son así —dijo Jonathan—. El caso es que hablé con la señorita de Vyce. No ha vuelto a saber nada de la Supervisora Glean ni de sus compinches. Parece que los dejaste atrapados para siempre en aquel otro mundo.

Flick miró los kiwis. La opresión que sintió en el pecho se disolvió en culpa. Jonathan pareció notar lo que sentía:

—Te salvaste a ti misma, salvaste a los miembros de la Sociedad Extramundos, y, por último, el propio mundo de

Cinco Luces. Sin ti, la Supervisora Glean y sus ladrones habrían viajado a otro mundo y le habrían extraído toda la magia, toda la vida... —Cambió la manera en que agarraba al cesta—. Eso no significa que te tengas que sentir bien, a nivel personal, con lo de dejar a personas atrapadas en otro mundo.

Flick musitó algo con la boca cerrada.

—Ni siquiera sé muy bien cómo lo hice.

—¿Has intentado hacer algo desde que estás encerrada?

Flick negó con la cabeza, sintiendo que espiar a través de la lupa no contaba.

—¿Ningún experimento con tus dotes? —preguntó Jonathan levantando una ceja—. ¿Por qué no?

Flick se movió, incómoda. Durante el tiempo que había pasado con Jonathan, había quedado claro que tenía dotes mágicas, más que él y más que ninguna persona a la que él hubiera visto. En su última aventura con Jonathan, ella había hecho lo imposible: había abierto un cisma entre dos mundos, y había sobrevivido. Pero, allá en Little Wyverns, seguramente el pueblo más prosaico y aburrido del multiverso, aquello apenas parecía real.

Jonathan sonrió:

—Echo de menos tu presencia allí, ya sabes. El otro día tendrías que haber entrado. Te vi saludando por el cristal.

—Ya —dijo Flick, parpadeando y sonriendo. Era la primera vez que un amigo le decía que la echaba de menos. Le hacía sentir una especie de vergüenza, pero una vergüenza agradable—. Por las ganas habría entrado, pero es que iba con mi madre. No para de hacerme preguntas...

No ha hecho otra cosa desde aquella noche en que llegué a las tantas.

—Ah. Lo comprendo. Aun así, eso es...

—Eh, tú eres Jonathan, ¿no...?

Los dos se volvieron y vieron a un hombre joven, muy alto, ancho de hombros, que llevaba puesta una camiseta de rugby. Tenía en una mano una botella de dos litros de leche entera, y sonreía amablemente.

Al verlo, Jonathan se encogió. Agarró la cesta de la compra firmemente con las dos manos.

—Ho... la —dijo con una voz varias octavas más agudas de lo normal.

—Eh... —repitió el joven—. Eres Jonathan, ¿no?

Jonathan dijo que sí con la cabeza, como esos muñecos que cabecean en la parte de atrás del coche.

—Sí... Y tú eres Anthony, ¿verdad?

—Efectivamente. —Anthony miró a Flick, y volvió la vista a Jonathan—. ¿Me vas a presentar a tu... hermana? ¿Amiga?

—Esta es Felicity —dijo Jonathan con los ojos fijos en Anthony como si se le hubieran quedado clavados—. Es una amiga nada más.

—Me alegro de conocerte, Felicity-amiga-nada-más. —Anthony le estrechó la mano y sonrió. Era como estrecharle la mano a un amigo gigante.

—Lo mismo digo. ¿De qué conoces a Jonathan? —Parecía sumamente improbable que aquella alegre y pecosa montaña juvenil fuera miembro de la Sociedad Extramundos, pero tampoco lo podía descartar del todo.

—Soy representante escolar, trabajo en el colegio universitario que te encuentras yendo por la carretera. —Hizo el gesto de levantar el pulgar—. Estaba colaborando en el día de puertas abiertas, y Jonathan fue uno de los pocos que no se rieron de mis esfuerzos para explicarle los cursos a la gente.

—Lo hacías muy bien. Se veía que sabías de lo que hablabas, quiero decir —replicó Jonathan, cuyas mejillas se habían puesto coloradas.

Anthony puso los ojos en blanco, pero parecía halagado.

—Gracias. ¿Te has matriculado en algún curso?

Jonathan sacudió los hombros de repente.

—Eh, sí... Al final me he matriculado en el módulo de geografía moderna. Fue una excelente propuesta.

Anthony asintió con la cabeza:

—Gracias. Bueno, os dejo que sigáis con vuestra compra. Ha sido un placer, Felicity. Nos vemos pronto, ¿eh? —le dijo a Jonathan con una sonrisa.

—Sí, claro... Nos veremos en la universidad.

Anthony asintió con la cabeza y Jonathan se despidió de él con un flojo movimiento de los dedos de la mano. En cuanto Anthony dobló la esquina, Jonathan se tapó la cara con la mano.

—Dios, ¿hay alguna posibilidad de que te convenza de que no menciones este encuentro jamás?

Flick sonrió:

—¿Quieres que finja que no te he visto hacer esto?

—preguntó imitando el gesto de despedida.

—Felicity, te lo ruego. —Dejó caer la mano—. ¡Por favor!

—Bueno, vale —dijo, y a continuación sonrió—. El caso es que parecía majo.

La madre de Flick se acercó a ellos con el carrito chirriando, pues una de las ruedas intentaba ir en sentido contrario a las otras tres.

—Venga, Felicity, nos vamos —dijo, y miró a Jonathan—. ¿Nos conocemos?

Jonathan esbozó una sonrisa de triunfo, y le tendió la mano.

—Soy Jonathan, un amigo de Felicity. Tengo que decir —añadió—, que lamento mucho que Felicity no haya venido a ayudarme en el establecimiento.

A Flick le dio un vuelco el corazón. Su madre entrecerró los ojos aguzando la vista.

—¿Qué establecimiento?

—Dirijo una agencia de viajes local. Felicity me dijo que le gustaría tener un trabajillo en el verano. El primer día lo hizo de maravilla, y luego no la he vuelto a ver —mintió Jonathan, tan suave como la seda—. Pensé que habría cambiado de opinión.

El corazón de Flick volvió a recuperar el ritmo. Negó con la cabeza:

—No, es que no he podido ir. Lo siento.

—No me dijiste nada de que quisieras trabajar durante el verano —le dijo su madre, recelosa.

—Tampoco me habéis dejado explicarme mucho. —Flick sabía que eso no era verdad, pero era importante que su

madre no estableciera ninguna conexión entre Jonathan y la noche en que no volvió a casa hasta las tantas.

—Es una pena —siguió Jonathan—, porque es muy valiosa. No se encuentran jóvenes con tantas ganas de trabajar, ni siquiera en Little Wýverns.

Moira Hudson se sintió henchida de orgullo ante el elogio que le hacía a su hija:

—Sí, bueno, Felicity siempre ha sido muy madura para su edad. Muy responsable.

Jonathan no borró ni un instante la sonrisa de su rostro:

—Eso dice mucho de lo bien criada que está, creo yo. De tal palo tal astilla, seguro.

Flick no habría pensado que su madre pudiera sucumbir a unos halagos tan obviamente falsos, pero vio que se sentía orgullosa. Después de varias semanas de enfado y rabia, se estaba suavizando y dulcificando como el almíbar de un postre. Tal vez el halago fuera el superpoder de Jonathan, o tal vez fuera simplemente que nadie puede permanecer eternamente enfadado. En cualquier caso, era sorprendente ver que su madre relajaba los hombros por primera vez en semanas.

Jonathan siguió:

—Sería una pena que se perdiera lo que empecé a enseñarle a Felicity. Lo de los ordenadores y el programa y tal... Es el tipo de cosas que luego quedan muy bien en el currículum.

Flick vio algo que brillaba en los ojos de su madre. Moira Hudson sabía lo bastante sobre el proceso de admisión



en la universidad para comprender lo útil que podía resultar aquello. Le dirigió a su hija una mirada de astucia.

—Mejoraré mi puntualidad —dijo Flick—. Te lo prometo, mamá.

Su madre respiró hondo por la nariz, y respondió:

—Vale. Pero si alguna vez...

—Nunca —se apresuró a decir Flick—. Palabra de honor...

—Ya hablaremos de esto más tarde —dijo su madre, pero Flick supo que Jonathan lo había logrado.

En ese momento Freddy soltó una pedorreta.

—Vamos, Felicity. Solo nos queda otra hora de *parking*. Encantada de conocerte, Jonathan. —Se despidió de él con un movimiento de la cabeza, y emprendió el camino de vuelta por el pasillo. Jonathan relajó la sonrisa. Se arregló la corbata y elevó las cejas hacia Flick, como interrogándola. Flick le guiñó un ojo.

«Hasta mañana», dijo ella moviendo los labios, sin pronunciar el sonido.

Jonathan dio un golpecito en su reloj con la yema del dedo, y gesticuló también con los labios:

«A las diez en punto».



Las paredes de la agencia de viajes Extramundos estaban llenas de arriba abajo de unos grandes agujeros rectangulares, como nichos. Y cada uno de estos nichos contenía una maleta. Había maletas pequeñas y grandes, maletas de mimbre y maletas de cuero, y también maletas con la cerradura soldada con una especie de metal blando que al tacto resultaba frío.

Una de las maletas (concretamente, una amarilla como el sol, hecha de un cartón grueso barnizado) empezó a moverse. Se desplazó dos centímetros, como si intentara escaparse de su nicho, cosa que no era fácil dado que el espacio estaba hecho para que la maleta encajara con exactitud, y la holgura de que disponía se limitaba a unos milímetros.

Pero poco a poco, muy poco a poco, la maleta se fue saliendo de su nicho en la pared y terminó cayendo al suelo con un golpe seco. Inmediatamente, la tapa de la maleta se abrió de golpe y salió de ella una niña que abrió los brazos como quien despliega una sonrisa.

—¡Tachán! —exclamó en la tienda vacía. Y entonces dejó caer los brazos—: ¡Ah...!

En la calle brillaba una farola. Los relojes de la repisa de la chimenea hacían tictac, y el establecimiento estaba a oscuras, dado que eran, como le indicaba insistentemente la esfera del reloj más grande, las dos en punto de la madrugada. Avery Eldritch hizo una mueca:

—Mmm...

Se cruzó de brazos y se fue tras el escritorio. Echó un vistazo al desorden que había sobre aquella mesa, soltó un resoplido, y después se volvió hacia las novelas de lomo desvaído que había en la estantería detrás de ella. Eligió *Ronda de noche*, de Terry Pratchett. La sacó del estante, y otros tres libros salieron con ella, cayendo al suelo con un estrépito que le provocó una mueca de dolor. Maldijo para el cuello de la camisa, mirando la puerta de la cocina.

Antes de que pasara mucho rato, apareció un brillante bate de críquet, aguantado por una mano que surgía de la manga de un camisón bastante raro.

—Tengo que advertirte —chilló una voz—: estoy armado y completamente preparado para...

—Soy yo —dijo la niña—, Avery.

El bate de críquet descendió un poco, y Jonathan, con el pelo en punta de haber estado durmiendo, asomó por el hueco de la puerta. Se quedó con la boca abierta:

—A... ¿Averina?

Avery sonrió viendo su camisón y sus pantuflas despeluchadas.

—¿Sorprendido?

—Mucho. —Jonathan se subió las gafas por el puente de la nariz—. ¿Qué haces aquí? ¿Está Portia contigo? —preguntó mirando alrededor.

—No, mi madre no ha venido. Solo yo. ¿Qué pasa? ¿No te alegras de ver a tu prima? —le preguntó con una sonrisa nerviosa.

Jonathan soltó una pequeña carcajada.

—Más o menos prima.

—Es verdad. Creo que en realidad soy tu tía segunda o tercera o algo así. —Se cruzó de brazos, apretando, como si se abrazara a sí misma. Adquirió una expresión de preocupación—. Ha pasado mucho tiempo.

—Tres años. Desde que murió mi madre, de hecho. —Jonathan posó el bate de críquet en el extremo del escritorio—. No estaba seguro de volver a verte. ¿Tu madre sabe que estás aquí?

—Si no lo sabe aún, lo averiguaré pronto, eso seguro.

—¿Y vendrá a buscarte?

—Ella no puede ver una maleta ni de lejos, así que lo dudo. Lo que le pasó a tu madre realmente le afectó. —Avery raspó el suelo con la bota—. Después de eso, me prohibieron que viniera aquí. Pero hace unas semanas oímos lo de tu padre.

Jonathan levantó la vista.

—¿Eh?

—Mi madre recibió una carta de uno de los miembros de la Sociedad Extramundos. ¿Quickspark?

—¡Ah, sí! Greysen y Darilyn, en Cinco Luces.

—Pues ellos contaron lo que le había pasado a tu padre, y que lo andabas buscando. Nos preguntaron a nosotros si sabíamos algo. Pero me temo que no. Era la primera noticia que teníamos. Yo dije que quería venir a verte, pero mis padres me dijeron que no, que era demasiado peligroso. Así que esperé a que no miraran. —Aspiró por la nariz—. Pensé que ya hacía demasiado tiempo que no me dejaban verte. Y son demasiado cobardes para venir detrás de mí, así que... creo que me he escapado.

—Me parece muy bien —dijo Jonathan sonriendo, aunque sin malicia—. Si he dicho que no me alegraba de verte, Averina, estaba mintiendo.

Se sonrieron como bobos uno al otro durante un minuto, hasta que Avery se acercó a darle un abrazo, que Jonathan toleró durante tres segundos completos antes de apartarla con amabilidad.

—¿Y esta hora de visita?

—He calculado mal, perdona.

—No te preocupes —dijo Jonathan, bostezando.

—En cualquier caso —dijo Avery—, no he venido aquí solo para decirte que siento lo de tu padre. Aunque aprovecho para decírtelo. Pero hay algo más... Algo importante.

Jonathan dejó de bostezar, y cerró la boca de golpe.

—¿Qué?

—La Casa del Horizonte —dijo con un halo de misterio.

Jonathan la miró fijo, poco impresionado.

—¿El puesto avanzado de la Sociedad Extramundos? ¿En el Desierto de los Sueños? ¿Qué pasa con él?

—¿No has tenido noticias últimamente?

Jonathan se apretó el cinturón del camisón, antes de sacar de la estantería el enorme registro de la Sociedad y dejarlo en el escritorio con un fuerte golpe.

—Últimamente no he tenido noticias de nadie. Además, ni siquiera estoy seguro de que esté atendida. —Miró a Avery a los ojos y continuó—: Me refiero por personas. Personas que se encarguen del sitio.

Avery sonrió levemente.

—Algo he oído a mis padres sobre la casa. Sobre un hombre llamado Thess, que por lo visto vive allí. Mi madre decía que ha formado parte de la Sociedad Extramundos desde el principio.

—Eso lo convierte en un hombre muy viejo —dijo Jonathan, pasando las hojas del registro—, así que supongo que no es de mi mundo.

—Pero si ha formado parte de la Sociedad Extramundos desde el principio... he pensado que quizá pueda ayudar a encontrar a tu padre.

Jonathan levantó la vista del libro, bruscamente.

—¿Por qué piensas eso?

—Lleva mucho tiempo por aquí. Puede que sepa algo que no sabemos nosotros. O que no sabes tú.

—No veo al señor Thess por ningún lado —dijo Jonathan encogiéndose de hombros al mirar la lista de nombres—. Si es miembro de la Sociedad, su nombre tendría que estar aquí apuntado.

—El caso es... —Avery hizo una pausa—. Mi madre dice que ese hombre es peligroso. Que lo han visto por

Cinco Luces y también por otros mundos, haciendo preguntas... sin ninguna cortesía. Alguien comentó que llevaba pistola.

Jonathan se paró, recordando algo.

—Los niños del bosque de Tam dijeron que habían visto a un hombre con una pistola. Un hombre que había salido de una maleta.

—¿Podría ser él?

—Espero que sea el mismo —dijo Jonathan—, porque lo último que quiero son dos pistoleros entrando y saliendo de maletas. Ajá... —Le dio la vuelta al libro—. Thess. Danser Thess. Aquí dice que era el custodio de Extramundos en el puesto de comercio de Faetón antes del señor Maskelyne. Yo estuve allí hace poco. —Se llevó la mano a la parte de atrás de la cabeza, recordando el dolor de la caída en las rocas, la ladera abandonada y el paisaje desnudo, sin ningún puesto avanzado a la vista.

—El puesto entero había desaparecido —le dijo a Avery—. No quedaba nada más que nieve y rocas. Y el registro no dice dónde fue Thess después de eso.

Avery se inclinó hacia delante para ver.

—Por lo visto los Quickspark le oyeron decir a otras personas que está a cargo de la Casa del Horizonte.

—Bueno, si es así no se ha molestado en comunicármelo —dijo Jonathan—. Aquí dice que el contacto con la Casa del Horizonte se ha perdido... —La voz de Jonathan se apagó sin terminar la frase.

—Otra persona perdida —dijo Avery, pensativa—. O tal vez no es que esté perdida, sino solo que no logramos

contactar con ella. ¿Cómo se llega a un sitio que está siempre en el horizonte?

Jonathan arrugó la frente.

—Espera... ¿siempre? ¿La Casa está siempre en el horizonte? O sea que si avanzas hacia ella, ¿la casa se retira?

—Exacto. Puedes verla, pero no puedes llegar a ella.

—Pero la Sociedad Extramundos debe tener un modo de llegar a ella —dijo Jonathan—. Es un puesto avanzado... Tiene que haber maletas allí guardadas. Y tiene que haber una maleta aquí que nos lleve hasta allá. A menos que alguien se la haya llevado. —Levantó la vista al nicho vacío en la pared, cuya maleta se había llevado su padre, Daniel Mercator, justo antes de su desaparición.

—Entonces... ¿deberíamos intentar ir allá? —preguntó Avery.

Jonathan se frotó la frente.

—Tal vez. Supongo que vale la pena intentarlo. No tengo ni idea de dónde podría estar la maleta adecuada, pero podemos empezar a buscarla por la mañana. No debería costarnos demasiado tiempo, entre los tres.

—¿Entre los tres? —preguntó Avery sorprendida.

—Sí —dijo Jonathan sonriendo—. ¿No te lo he dicho? He contratado a un nuevo miembro de la Sociedad.



Flick ya es oficialmente miembro de la agencia de viajes Extramundos. Por eso, cuando llega una petición de auxilio de El Roto, Jonathan y ella entran sin perder tiempo en la maleta que los llevará allí.

El Roto es un mundo acuático plano lleno de tritones impredecibles, criaturas misteriosas y barcos enormes gobernados por temibles piratas. Y es un mundo que se está haciendo más y más pequeño. El borde del océano está cada vez más cerca, así que la gente de El Roto tiene que huir... sin demora.

Pero ¿cómo meter un barco a través de una maleta? Y ¿cómo se rescata a una Reina Tritona que tiene el tamaño de una ballena azul? ¿Podrán encontrar la solución Flick y Jonathan antes de que el tiempo se agote?

ANAYA

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1578711 ISBN 978-84-698-8881-0

